

Ricardo Moreno Castillo

La conjura de los ignorantes

*De cómo los pedagogos
han destruido la enseñanza*

Prólogo de Arcadi Espada

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: Papier à découper, Art populaire,
v. 1850, MuCEM, Marseille.
Maquetación: Daniel F. Patricio

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2016
© Ricardo Moreno Castillo, 2016
© del prólogo, Arcadi Espada, 2016

ISBN: 978-84-944769-2-1

Depósito legal: M-1806-2016

Impreso por Estugraf Impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Introducción

Alrededor de los años veinte nace en Viena un movimiento filosófico llamado positivismo lógico, que sostiene que las proposiciones metafísicas carecen de sentido, entendiendo como proposiciones metafísicas aquellas que se refieren a lo trascendental, porque son proposiciones lógicamente imposibles de verificar. No voy a defender esta postura, que algunos miembros del grupo fueron matizando con el tiempo, porque todo lo que se refiere al amor, a la amistad, en definitiva a todo lo que de veras importa, sí tiene significado aunque no sea lógicamente verificable. Pero la voz de alarma que da el círculo de Viena debe ser escuchada por todos, simpaticen o no con el positivismo lógico, porque alerta contra un peligro real: el de un lenguaje que sirve para hablar de las cosas, pero que puede funcionar más allá de las cosas sin perder por ello su coherencia sintáctica interna, el peligro de un lenguaje tan bien engrasado que nos puede hacer creer que estamos hablando de algo cuando ya no estamos hablando de nada. El peligro, en definitiva, de que las palabras puedan llegar a convertirse en lo que Wittgenstein llama «las palabras de vacaciones», en las

palabras que ya no significan nada. Es cierto que la capacidad del lenguaje para funcionar más allá de las cosas es lo que permite la ficción, sin la cual los humanos no podríamos vivir. Pero la ficción no es una perversión del lenguaje, sino un juego, y como cualquier juego, tiene un sentido a la luz de unas reglas que todos aceptamos. Podemos leer *El Señor de los Anillos* y disfrutar de él, sabiendo que no nos engañamos ni nos están engañando, porque mientras leemos hacemos que creemos en lo que nos cuentan, porque provisionalmente aceptamos ser engañados y porque el engaño funciona cuando la historia está bien contada. Precisamente, cuando no nos gusta un libro, decimos que la historia no funciona, que no es *creíble*. Y cuando decimos que no es creíble no queremos decir que lo que cuenta no sea digno de crédito, sino que el engaño no funciona. De hecho, una buena novela fantástica es más creíble, literariamente hablando, que una mala novela histórica, por prodigiosas que sean las cosas que nos cuenta la primera o rigurosos que sean los datos que maneja la segunda. Y en cualquier caso, cuando después de leer una hermosa historia cerramos el libro, regresamos a la vida cotidiana y damos por terminado el engaño. Y para no pervertir el lenguaje, es muy importante tener la capacidad de darse cuenta de cuándo dejamos el mundo de la ficción para regresar al otro, la de saber cuándo debemos dejar de hacer un cierto uso del lenguaje para hacer otro uso distinto. A esta capacidad se la conoce habitualmente con el nombre de *cordura*.

Pero el lenguaje también sirve para mentir y para equivocarse. Ahora bien, mientras una mentira hable de

cosas, el propio lenguaje sirve para desmontar las mentiras. Una teoría científica falsa puede funcionar mientras explique cosas, y es refutada cuando se crea otra teoría que explica esas mismas cosas y más cosas nuevas con más claridad y sencillez. Esa es la ventaja de las proposiciones falsas frente a las proposiciones vacías: la falsedad de una proposición se puede demostrar, la vaciedad tan solo se puede mostrar y exhibir para que todo el mundo vea que está vacía, pero a quien no lo vea es imposible convencerle, igual que es imposible para un daltónico entender lo que es el color rojo por medio de razonamientos.

El objeto de este libro está en la línea de otros dos libros míos, *Panfleto antipedagógico* y *De la buena y la mala educación*: mostrar que la pedagogía es un lenguaje sin contenido, una jerga, y no una ciencia. Y no hay jerga inofensiva, porque si el lenguaje crea muchas veces la realidad (y eso lo saben muy bien los políticos), el lenguaje vacío también puede llegar a vaciar la realidad. Pero esta jerga de la cual estamos hablando es particularmente dañina, porque quienes viven de ella tienen mucho poder y a ellos está en gran parte encomendada la formación de los futuros profesores. Porque son quienes, literalmente, han acabado con la enseñanza pública en este país. Y otra cosa muy importante: no hay que descansar en la idea de que los discursos estúpidos «ya se descalifican por sí mismos». No, las estupideces no solo no se descalifican por sí mismas, sino que tienen enormes efectos multiplicadores, sobre todo si suenan a algo innovador o progresista. No hay pues más remedio que tomarse el trabajo de rebatirlas y desmantelarlas. La es-

tupidez es lo más parecido a la máquina del movimiento continuo que tantos chiflados han buscado a lo largo de la historia, porque genera su propio combustible sin agotarse nunca.

Ciertamente, es legítimo preguntarse: ¿pero no hacen pedagogía todos los profesores? ¿No se dice de un profesor que sabe explicar que «es un buen pedagogo»? Es cierto. Pero sucede que la palabra pedagogía ha sufrido un desplazamiento semántico. Significaba hasta hace poco el arte de enseñar, y que depende de la capacidad de hablar claramente y de saber escuchar, de la capacidad de entusiasmarse y de entusiasmar a los demás, de la capacidad de combinar cierta dosis de autoridad y severidad (que inevitablemente son necesarias si se ha de educar a alguien) con la cortesía, la serenidad y las buenas maneras. Todas esas son cosas que uno puede aprender observando a los buenos profesores, pero que propiamente no se pueden enseñar. Se parece mucho al arte de tener amigos, que también se puede aprender observando a quienes saben hacerse amigos, pero que tampoco se puede enseñar. Y si el arte de hacer amigos lo queremos convertir en una ciencia, y pretendemos que no se pueden hacer amigos antes de estudiarse la correspondiente bibliografía, esa pretendida ciencia no sería más que un lenguaje vacío. Y éste es el desplazamiento semántico al que me acabo de referir: de significar las buenas prácticas del buen profesor, la palabra «pedagogía» ha pasado a significar esa pseudo ciencia de la cual estamos tan hartos los docentes. Es verdad que sobre la enseñanza, igual que sobre la amistad, se han escrito muchas y muy bellas páginas, y hará muy bien

quien las lea, pero no va a ser mejor profesor por ello. Por poner un ejemplo más claro: leer lo que algunos grandes filósofos han escrito sobre el amor no es una pérdida de tiempo, porque el pensamiento (sea sobre el amor o sobre cualquier otra cosa) vale ya por sí mismo. Pero que nadie se imagine que por leer esas cosas va a ligar mucho más. Para quien tiene encanto personal esa bibliografía es superflua, para quien es un cardo borriquero es inútil.

De hecho, la mayoría de los profesores, los que llevan décadas dando clase y trabajando con alumnos, a veces en circunstancias muy difíciles, no tienen el menor interés por la pedagogía, entendida ésta en su segunda acepción, como presunta ciencia. ¿Será porque no les interesa dar buenas clases y porque no están preocupados por sus alumnos? ¿No será más bien porque no encuentran en ella ninguna idea sólida que pueda ser útil en su labor profesional? Los médicos leen libros de medicina y los profesores no leen libros de pedagogía. ¿Será que la moral profesional de los profesores es más baja que la de los médicos? ¿Será que a los profesores nos interesa menos la formación de nuestros alumnos que a los médicos la salud de sus pacientes? Más verosímil me parece la hipótesis de que los médicos encuentran en los libros de medicina cosas útiles para el ejercicio de su profesión y los profesores no encuentran en los de pedagogía nada provechoso para el ejercicio de la suya.

Las razones por las que creo que la pedagogía no es una ciencia son cuatro. Las tres primeras las resumiré a continuación, sobre la cuarta trata el resto del libro.

La primera, la afición que tienen sus defensores de argumentar *ad hominen* contra el discrepante. La idea de que la pedagogía es un lenguaje carente de contenido la he defendido en varias ocasiones. Esta defensa me ha valido muy demoledoras críticas, pero las más de las veces no sustentadas en argumentos racionales, sino en juicios de valor hacia mi persona. Me han llamado, entre otras muchas cosas, frustrado, nostálgico y reaccionario. No voy a defenderme ahora de ese tipo de ataques, que quizás no merezcan ni respuesta, pero sí señalaré que el argumento *ad hominen* contra quien disiente por parte de los partidarios de la pedagogía ya denuncia a ésta como falsa ciencia. Este género de argumentos, por llamarles así generosamente, el de cuestionar a quien disiente, es muy propio de todos los absolutismos. Quienes estaban en contra de Franco eran, a juicio de los jefes del régimen, antiespañoles, malos patriotas, y nostálgicos de la república. Ya ven, personas que se autoproclaman progresistas desautorizando a quien discrepa de ellos con métodos propios de los dictadores. Además, estas críticas proceden, las más de las veces, de profesores y pedagogos muy vanguardistas, que sostienen que lo importante no es enseñar, sino que los alumnos piensen por sí mismos. Esto está muy bien, pero no se entiende entonces por qué les parece tan mal que los profesores piensen también por sí mismos. A quienes reivindicamos la disciplina y la autoridad en las aulas, los miembros de la «Secta Pedagógica» (feliz denominación acuñada por Mercedes Ruiz Paz) nos acusan de pretender unos alumnos sumisos y acrílicos. Puede ser que ellos deseen sinceramente que nuestros

alumnos salgan con una gran capacidad crítica, pero ante la Secta, por lo que se ve, los docentes debemos ser acrílicos, sumisos y genuflexos. Una muestra de esto es el número 393 de *Cuadernos de Pedagogía*, dedicado casi monográficamente a discutir sobre si el nivel sube o baja. Pues bien, la bibliografía sobre el tema está clasificada en tres apartados: «Literatura científica», «Datos oficiales» y «Profesorado quejoso». En este último apartado están, como ya habrá adivinado el avisado lector, los libros de un servidor de ustedes. ¿Es ésta una manera de presentar una bibliografía? Asimismo, un artículo del profesor Fernández Enguita publicado en el número 148 de *Revista de libros*, en el cual se reseña algunos libros críticos con el sistema educativo, tiene por título «Cuadernos de quejas». Los alumnos han de ser «críticos», los profesores que se atreven a serlos son tachados de «quejosos».

Pero si la pedagogía fuera una ciencia, los pedagogos podrían defender su postura sin necesidad de cuestionar al interlocutor. Es cierto que no todas las polémicas científicas han sido lo corteses que debieran, muy por el contrario, algunas han sido ásperas y han degenerado en enfrentamientos personales. Con todo, en la disputa entre Newton y Huygens acerca de la naturaleza de la luz, no me imagino a Newton diciendo que Huygens era un reaccionario ni a Huygens diciendo que Newton era un quejoso.

La segunda razón es la resistencia de los pedagogos a cotejar los hechos con la realidad, como exige el método científico. Algunos defensores de la reforma, que reconocen que ésta no ha tenido el éxito esperado, achacan

muchas veces este fracaso a que los profesores no nos hemos sabido adaptar, que no hemos asumido la filosofía de la LOGSE, en definitiva, que no hemos cambiado de mentalidad. Esto, en parte, enlaza con el primer punto, el argumento *ad hominen*, pero lo que interesa señalar ahora es otra cosa: si el éxito de un experimento depende de la mentalidad de quienes lo llevan a cabo, ese experimento es invulnerable a la crítica científica. Precisamente esas llamadas al cambio de mentalidad denuncian a la pedagogía como una falsa ciencia. Yo puedo escuchar a quien argumenta contra mis ideas, y si sus razones me convencen, cambio mis ideas. Pero ¿qué quiere decir eso de cambiar de mentalidad? Explicaré esto con dos ejemplos. Si voy a una sesión de espiritismo, estoy seguro de que, por mucho que me concentre y siga las indicaciones del gurú, no voy a convocar ningún espíritu. Diré que, si siguiendo las indicaciones al pie de la letra, no he tenido ningún éxito, es que el espiritismo es un camelo. Naturalmente, que los creyentes en el espiritismo dirán que el fallo está en mí, que no puse de mi parte lo suficiente, que no actué con auténtica fe. Ante estos argumentos ya no hay razón seria que haga tambalear la fe de los adeptos al espiritismo. El espiritismo es pues invulnerable a la crítica científica. Pero supongamos que yo quiero comprobar la ley de la gravedad saliendo por la ventana de un octavo piso. El experimento, no cabe duda, será concluyente. Sea cual sea mi mentalidad al hacer la experiencia, sea endeble o sólida mi fe en la ley de la gravedad, el resultado no se verá alterado por estas circunstancias, y ninguna persona cuerda intentaría convencerme de que si no pude volar, el fallo está en que

no supe cambiar mi mentalidad. Lo de las llamadas a la fe no es broma ni exageración: eso de que «tú no crees en la reforma» es algo que se oye con frecuencia.

Este tipo de falacias son corrientes en las utopías sociales: si fracasan es porque los ciudadanos no la han entendido, no han sabido adaptarse a la nueva situación y las nuevas necesidades. En definitiva, porque no se ha sabido crear el hombre nuevo. Pero el hombre es el mismo de siempre, con sus grandezas y sus miserias, con su capacidad de amar y de odiar, y todo proyecto político que no tenga esto presente llevará a la ruina. Ahora bien, por mucho que fracase y sus efectos letales estén a la vista de todos, sus promotores estarán siempre acorazados contra cualquier crítica, porque el éxito dependía de una premisa de cuyo incumplimiento ellos no son responsables. De este modo, podrán seguir por el mundo sonriendo bondadosamente, porque sus intenciones han sido inmejorables, y dando paternales consejos para que los demás hagamos frente a los problemas que ellos mismos han creado.

Cuando las ideas y los hechos se contradicen, el método científico, y también el sentido común, aconseja rectificar las ideas. Negar los hechos amparándose en que los profesores no hemos sabido cambiar nuestra mentalidad es la manera más corriente, y también más acientífica, que tienen los creadores de la reforma para ocultar los hechos y así eludir sus responsabilidades.